



CAPITULO III

Amenidad del Párroco de Ars.—Su cortesía.
Su sencillez.—Su bondad.

PIENSAN en el mundo que la piedad deprime la razón y seca los afectos del corazón, y en esto se engañan. Verdad es que no pueden todos mostrar la Religión bajo la encantadora fisonomía que le es propia y la hace tan amable; pero este dón le poseyó en grado eminente el Párroco de Ars: su corazón, como el de los Santos, estaba derretido y era verdadero foco de divino amor, que se comunicaba á las almas y las ganaba para Dios. Con razón se ha dicho que para que la virtud fuese amada y poderosa, debía presentarse en el hombre, como la del Salvador, bajo el carácter marcado de sobrenatural; y es preciso reconocer que en la virtud del Párroco de Ars había esa mezcla inefable de divino y humano que cautiva los corazones. ¿Y cómo era posible que no fuese amado quien tanto amaba, y cuya única preocupación era hacer bien á todos, sin esperanza de que se le retribuiese? Si reinaba sobre todos los corazones, no era sólo por sus limosnas y liberalidades, sino por su amenidad, por su benevolencia y por el caritativo interés con que trabajaba por la felicidad de todos. La vida interior parecía desenvolverse en él cada día una nueva solicitud para con el

prójimo, que era tanto más tierna, cuanto más rigor usaba consigo mismo.

Vianney poseía todas las cualidades de un corazón delicado. Era muy cortés; pero su cortesía no era fría y afectada, como la de las gentes del mundo, sino llena de caridad, de cordial afecto y de sinceridad, que es lo que agrada á todos. A ejemplo del Salvador, en quien hemos visto la plenitud de la gracia y la bondad, el siervo de Dios pensaba en todo, cuidaba de todo, y de nada se olvidaba, sino de sí mismo. De nada necesitaba, ni de consuelos, ni de simpatías, porque se creía indigno de ellos. Era tan respetuoso, que no consentía á nadie estar en pie delante de él; y cuando se le mostraba alguna señal de respeto, se ruborizaba y decía: «¡Oh! No merezco vuestro respeto: dadme un poco de amistad, que es lo que yo necesito.»

Creía el Párroco de Ars que viniendo Jesucristo á restaurarlo todo, había santificado los dos estados: el de la miseria por su vida pobre y paciente, y el de la grandeza por su vida gloriosa; y en los representantes de la clase elevada veía la misma grandeza y dignidad real de Jesucristo, y á este dulcísimo Señor se proponía honrar en la persona de los grandes. Mas, en la misma proporción que él honraba á los grandes del mundo, trabajaba para que ellos honrasen á su Dios. Su cortesía estaba en relación con su celo apostólico, y su delicada condescendencia jamás traspasó los límites de las leyes cristianas y de la más severa ortodoxia. Sabía ponerse á cubierto de todo respeto humano, y pronunciar á tiempo la palabra *Non licet*.

Jamás recibió á nadie con frialdad ó indiferencia: era sumamente respetuoso para con todos, aun cuan-

do estaba rodeado, estrechado, asaltado por la multitud indiscreta; hostigado, abrumado bajo el peso insostenible de preguntas impertinentes y absurdas, de peticiones imposibles; importunado en todos sentidos, é interrogado de todos, sin saber á quién responder, siempre se le hallaba señor de sí mismo, siempre complaciente y amable, siempre tierno y compasivo, y siempre condescendiente y risueño. Nada sabía negar, y se le hacía consentir en todo, fuera de lo que juzgaba error ó mal. Durante su larga carrera no ha abierto su boca sino para consolar, su corazón para recibir y guardar los dolores del prójimo, y su mano para derramar bendiciones y limosnas. Era objeto de admiración universal: se veía aclamado, acompañado, llevado en triunfo por una multitud que estaba pendiente de su palabra, que se arrodillaba á su paso y se inclinaba para recibir su bendición; y esto no obstante, se le hallaba siempre humilde, modesto, bueno, sencillo é ingenuo como un niño.

Lo que nos ha admirado muchísimas veces en el Párroco de Ars, igualmente que á los que han tenido la inmensa dicha de tratarle con familiaridad, es que no había un solo momento en que no llevase con dignidad suprema la pura y delicada aureola de la santidad. En cualquiera estado que se le sorprendiese, ó en dondequiera que se le viera ú oyese, siempre aparecía el santo. Por más que se le observase de cerca y detenidamente, por mucho que se examinase su vida en los más minuciosos detalles, y se sondease su alma en las más elocuentes profundidades, siempre se le ha visto obrar de manera perfectísima. Sus menores acciones hablaban con gran elocuencia, y por esto la doble enseñanza de su palabra y de sus

obras le sobrevive, y continúa siendo ante la conciencia universal la expresión armoniosa de la virtud y del bien, en cuya presencia la más obstinada prevención queda desarmada. Lo que aparecía de esa existencia milagrosa, es decir, todo lo que el mundo ha sabido del venerable Vianney, es nada comparado con su vida oculta. Muchos han conocido la vida activa de este santo sacerdote de Jesucristo, y por confesión de todos es un verdadero milagro. Tampoco faltan testigos de su vida mortificada; pero á muy pocos fué dado el conocer su vida íntima, que ha sido en verdad encantadora, y por la cual principalmente es preciso juzgarle.

Se ha dicho que el poder de los Santos procedía de su sencillez, y esto se ha verificado á la letra en el buen Párroco de Ars. La sencillez le revestía desde los pies á la cabeza con los más poderosos encantos, y daba á todas sus obras un sello inimitable de gracia, que hacía fluir de sus labios la persuasión más maravillosa, y que todo en él, hasta su silencio é inacción, respirase no sé qué de celestial, que alejaba el mal y producía el bien. Bastaba estar á su lado para sentirse uno puro y bueno, y parecía que de su corazón salían irradiaciones de modestia y caridad. Sus lágrimas eran dulces, y sus maneras eran tan suaves y agradables, que, como visión del Cielo, inspiraban á la vez paz y respeto, mezcladas de confianza y amor. La atmósfera que se respiraba junto al Beato Párroco estaba llena del secreto encanto que los Apóstoles debieron experimentar en grado eminente junto á la Divina Persona del Salvador.

Mas lo que sobresalía grandemente en el siervo de Dios, era su bondad. En el fondo de una virtud tan

viril se hallaban delicadeza y sensibilidad exquisitas, mezcladas con tal y tanta benevolencia, que sólo puede tomarse de las fuentes divinas. La bondad en Vianney, igualmente que su cortesía, procedían del completo olvido de sí mismo, del absoluto anonadamiento de su persona, ó, hablando más claramente, de su profunda humildad. Las almas humildes son las únicas que verdaderamente aman, y las únicas que reciben y comunican irradiaciones de la Bondad soberana.

La del Párroco de Ars era superior á todo elogio: él era bueno en la más alta y popular acepción de la palabra, y lo era naturalmente. Si se hubiese exprimido su corazón como se exprime la esponja, no saldría de él una sola gota de amargura. Era bueno para todos, y siempre; pero lo era de un modo particular para los pobres é indigentes, para los ignorantes y pecadores. Estas son las cuatro grandes miserias del alma y del cuerpo, que él abrazaba en un solo sentimiento de conmiseración y generosa simpatía, pues era pródigo de gracias y atenciones para con el más infeliz de los mendigos que se le aproximase.

Vianney no recibía sino para dar: ésta era su pasión dominante. Los objetos piadosos que le regalaban (única cosa para él apreciable), no hacían más que pasar por sus manos. Se desprendía de ellos en favor de cualquiera á quien creyese convenían ó pudieran ser agradables. Muchas veces, mostrando un precioso relicario, una rica cruz de oro ó un buen cuadro, nos decía: «Esto lo guardo para mí.» Llegaba alguno á quien creía fuesen convenientes aquellos objetos, y no podía resistir á la tentación de privarse de ellos. Se desnudaba con gusto por vestir á los demás.



CAPÍTULO IV

Virtudes del Párroco de Ars. — Su fe. — Su esperanza. — Su amor á Nuestro Señor Jesucristo. — Su devoción á la Santísima Virgen y á los Santos.

EL Párroco de Ars había recibido el dón de la fe en grado muy eminente. Derramaba el Espíritu Santo en el fondo de su alma una luz tan clara, que veía las cosas divinas con gran certeza, gusto y suavidad, y le causaban ardores interiores, raptos y éxtasis, precisando al espíritu á asentir gratísimamente á las verdades propuestas. Su íntima unión con Dios le hacía en cierto modo sensibles y palpables esas verdades. Lo que nosotros percibimos á lo lejos, confusamente, á través de una nube y en enigma, él parecía verlo claramente con mirada fija y directa.

La fe del Párroco de Ars era el móvil principal de su vida, y toda su ciencia; la fe se lo explicaba todo, y él lo explicaba todo por la fe. Atraído por esas sagradas y luminosas tinieblas, en las cuales sabía que el espíritu halla á Dios, perdiéndose á sí mismo, su inteligencia se aumentaba de día en día, y con ella su fe, que era suficiente, como decía cierto sacerdote al salir de su Catecismo, para enriquecer una diócesis. «Gran dicha es—decía el venerable—